

## Lenguaje, identidad y conflicto\*

## Language, Identity and Conflict

Lucía Atencia\*\*

**Recibido:** 8 de mayo de 2008 • **Aprobado:** 18 de agosto de 2008

### Resumen

El lenguaje es el arma más poderosa que posee el ser humano para entablar contactos de interlocución y hacerse partícipe de una sociedad, con la cual comparte, desde el código lingüístico, hasta las posibilidades de establecer, desde la cotidianidad, arquetipos, modos de vida e imaginarios con los cuales identificarse. Sin embargo, en un mundo permeado por la fuerza contundente que imprimen los medios masivos de comunicación y la reflexión posmoderna de la libertad frente a la emancipación, el lenguaje, materia prima de la comunicación, puede terminar convertido en un arma que, en lugar de ser un elemento que propenda a la identidad sostenida en el respeto por la multiculturalidad y el plurilingüismo, abra una brecha que cause una ruptura entre individuo con la comunidad en la que se integra al mismo tiempo con otros sistemas sociales.

---

\* Artículo de reflexión enmarcado en el proyecto de investigación *Actitudes idiomáticas de los estudiantes universitarios bogotanos frente al Español y las Lenguas extranjeras e indígenas*, trabajo realizado en el área de Sociolingüística y Dialectología. ICC – SAB.

\*\* Licenciada en Español y Literatura de la Universidad de Córdoba. Magister en Lingüística Española ICC – SAB. Coordinadora de Departamento de Español y literatura de la Fundación Ideales – Gimnasio Santa Ana.

## Palabras clave

Lenguaje, identidad, conflicto, interlocución, comunicación.

## Abstract

Language is the most powerful weapon the human being owns to strike up dialogue contacts and take part of a society, with which he shares from the linguistic code, to possibilities of establishing from the day-to-day, archetypes, life styles, and imaginaries with which identify him. However, in a world influenced by the severe strength of the media and the postmodern reflection about freedom in front of emancipation, language, raw material of communication, can become a weapon which instead of being an element inclined towards identity supported on the respect for multiculturalism and multilingualism, opens a breach which causes a gap between the individual and the community in which he is incorporated, and at the same time, of the community with other social systems.

## Key words

Language, identity, conflict, dialogue, communication.

*Así como los conflictos están preñados de lenguaje, de la misma manera, el lenguaje está preñado de identidad.*

A través de la historia de la humanidad han sido incontables los esfuerzos que se han hecho por definir, a ciencia cierta, cuál es la tarea del lenguaje. De tantas conceptualizaciones, opiniones y reflexiones, una ha llamado profundamente la atención de quienes nos dedicamos a su estudio: la función comunicativa; sin embargo, esta vez se ahondará más allá de ella. Esta vez, no sólo se va a abordar la interacción y la comunicación como función primaria del lenguaje. Ahora el objeto de estudio, el de los lingüistas, por supuesto, se debe ampliar y visualizar el cómo y el porqué ese instrumento divinizado

por los clásicos mitos y humanizado por las actuales teorías del conocimiento científico, funciona como elemento integrador de identidad.

En un breve recorrido por la ciencia del lenguaje y su continuo evolucionar, se encuentra que éste y su definición han pasado por multiplicidad de acepciones. Para el pensamiento metafísico y la lingüística tradicional, por ejemplo, el lenguaje constituía una fuente de relación entre la realidad y el mundo. El mito y la magia representaron las primeras fuentes de esta manifestación. Por su parte, los presocráticos del siglo VI a.C., al refutar el mito y la magia, ponían en evidencia que si se cambiaban los modelos de concepción de mundo, también cambiaba la manera de concebir el lenguaje, por cuanto ahora éste surgía como “expresión de la dicotomía espíritu-materia (cuerpo-alma)”. Con este pensamiento se empezó a forjar la lingüística tradicional, que proclamaba que: “Las indagaciones sobre el origen del lenguaje y las relaciones de parentesco entre las palabras y sus significados se constituyen en objeto de reflexión filosófica y, en consecuencia, el estudio de la gramática entra a formar parte de la filosofía” (Jaimes Carvajal, 2001). Lo que quiere decir, que se había abandonado tanto el mito como explicación del lenguaje.

A partir de esta concepción explicativa del lenguaje, apareció lo que fue denominado el pensamiento empírico inductivo, el cual, a su vez, dio paso a la lingüística estructural. Sustentada en los planteamientos de Ferdinand de Saussure, la lingüística estructural, fue considerada la precursora de la lingüística moderna; para ésta, la lengua fue considerada un sistema de signos, de unidades, de valores y de relaciones sintagmáticas y pragmáticas que había que estudiar e investigar desde sus características más estructurales. De esta forma, el estudio de la manifestación del lenguaje, la lengua se situó en una perspectiva sistémica, la cual, aunque ha sido fundamental para los actuales estudios lingüísticos y las diversas funciones del lenguaje –aquéllas que van más allá de la comunicación–, ha tenido que abandonársele, por cuanto el mismo lenguaje impone otras formas de investigación que no pueden dejar de lado las intenciones del sujeto que enuncia.

Pero si se vuelve a nuestro breve recorrido, se presentarían, después de los planteamientos de Saussure, los de Noam Chomsky. Chomsky, a partir de

plantear lo que bien se conoce en nuestra disciplina como gramática generativa transformacional, trató de dar un giro a los estudios del lenguaje, argumentando un modelo explícito de la competencia del hablante oyente ideal. Sin embargo, lo que pareció ser una transformación del estructuralismo se terminó volcando hacia una nueva concepción epistemológica de la lingüística, dando paso, años más tarde, a la perspectiva interdisciplinaria de la lingüística, perspectiva que por lo demás, resultó de gran importancia para lo que se conoce hoy día como AD y ACD<sup>1</sup>.

Estos enfoques reconocieron que el lenguaje en su manifestación no es un simple cúmulo de elementos integrados sistemáticamente, sino que hicieron comprender las múltiples relaciones que se establecen con el lenguaje y la complejidad de elementos que originan las acciones discursivas. Entonces, el lenguaje es visto en un sentido más procesual y menos estático; asimismo, es visto como proceso significativo que genera relaciones de interacción, las cuales, a su vez, generan diversidad de discursos, de opiniones, de reflexiones, de ideologías, de miradas de mundo, de identidades...

Esa mirada, sin demeritar en ningún sentido lo que habían hecho los estudios de la lingüística tradicionalista (en el sentido de estructural), es la que se mantiene hoy en día; una mirada que no se queda en lo conceptual de la palabra, sino que acepta que el hombre, por naturaleza, es un hombre de palabras cargadas de intenciones que pueden transformar su realidad histórica y contextual, que pueden transformarlo a sí mismo y que, sin duda alguna, pueden transformar el grupo social del que hace parte.

Pero vayamos ahora a lo que en párrafos anteriores se había planteado: que el lenguaje no se debe restringir a la comunicación; la comunicación es sólo una de sus funciones y el lenguaje excede esa función, es más, el lenguaje se excede a sí mismo al mostrarse tan diverso, y aunque es uno sólo sus posibilidades de expresión casi no reconocen límites.

---

<sup>1</sup> Análisis del discurso (AD) y Análisis Crítico del Discurso (ACD).

Ahora bien, ¿qué es el lenguaje?, ¿cómo se lo definiría hoy en día?, ¿cuál o cuáles son las funciones que le otorgamos? Tres preguntas que para nosotros, sus actuales estudiosos, podrían ofrecer más interrogantes que respuestas certeras.

En una mirada bastante tradicional, el lenguaje es definido como la capacidad característica del hombre para comunicarse por medio de un sistema de signos: las lenguas. A su vez, éstas son utilizadas por los grupos sociales. Sin embargo, el lenguaje, visto en un sentido más dinámico, puede ser entendido como un conjunto de procesos y de posibilidades verbales, que producen sentido; estas posibilidades, al mismo tiempo, son “forjadas en significantes; unos, con funciones relativamente permanentes; otros, con funciones esporádicas en las relaciones de constitución sónica entre las referencias, las formas significantes y los contenidos. El lenguaje nace en los desarrollos de la comunicación y los posibilita” (Ramírez Peña, 2004).

Ahora es necesario tener en cuenta que la comunicación es una relación significativa con sentido, una relación de contacto común, provocada por los intereses compartidos, no compartidos, asumidos y no asumidos en una determinada perspectiva que se crea en el acto de comunicación; al ser provocada, pone en relación acciones establecidas desde un enunciador y un enunciatario, o sus correspondientes, un locutor y un interlocutor. En este sentido, el lenguaje, naciente en los desarrollos comunicativos, se convierte en un acto de significación que se dirige, se recepta y que hace posible la interpretación, según las propias necesidades y conveniencias.

Entonces, como acto de significación, el lenguaje aglutina al individuo en una comunidad con la que comparte el mismo código y con la cual, al compartir ese código, se vincula como actuante de su pasado y de su presente quedando destinado, también, a proyectarse en su futuro. De este modo, el lenguaje se convierte en más que un “método” de comunicación en la medida en que la trasciende; el lenguaje se convierte en una institución social, lazo incuestionable que nos une a lo anterior, nos mantiene gravitando en la actualidad y nos liga a una misma identidad que compartimos con los demás miembros de la comunidad.

Éste es el punto crítico de uno de los interrogantes sobre el lenguaje, planteado en párrafos anteriores: ¿cuál o cuáles son las funciones que le otorgamos? Pues bien, es indiscutible que al lenguaje le otorguemos una función comunicativa, pero ahora planteamos otra función para él: el lenguaje está preñado de identidad, y como tal, el lenguaje es un elemento integrador de identidad. Pero, ¿qué hemos perdido y qué hemos ganado en cuanto a nuestra identidad a través del lenguaje en esta era posmoderna?

“La posmodernidad se abre a la multiplicación de las identidades” (Pruvost de Kappes, 2007) a la globalización, a las diversidades que le interpelen: de raza, de sexo, de religión, de género; también identidades nacionales, propuestas desde principios democráticos, de soberanía, identidades lingüísticas, propuestas desde las consideraciones del bilingüismo y del plurilingüismo. El lenguaje no puede ser ajeno a tanta diversidad; cualquiera que sea su medio de expresión, se integra a esta promoción en cada acto comunicativo, porque la intención inmediata de esta era es la de diluir cualquier foco de no-identidad, y el medio más eficaz para expandir tal objetivo es el lenguaje. Con todo, resulta paradójico que de la misma manera –como en nuestros tiempos– se busca la consagración de la identidad de cada grupo social y de cada individuo como ser humano, el concepto de identidad se haga tan publicitario que quede reducido a su adverso.

Así, mientras más se propende a la identidad, mientras los medios masivos de comunicación más venden tal idea, la línea divisoria que nos identifica se va invisibilizando hasta el punto de ocultarse, se pierde entre tanta identidad. Ahora somos más “ciudadanos del mundo”, que hijos de una provincia o un Estado; el lenguaje se ha modificado para esa nueva función que ha dispuesto la posmodernidad; por eso cambia, se bifurca, se explaya, y por esa misma razón, da paso a que se abra una brecha lingüística, que implica una fisura total en los modelos de pensamiento, política, educación, economía y hasta de comunicación cotidiana, que terminan disociando las comunidades y pueden hacernos ver tan distintos al otro que no nos queda otro recurso que el enfrentamiento.

Ese aspecto de la globalización compromete la identidad lingüística, porque la somete a la utilización de terminología foránea, inaccesible casi siempre al ciudadano común, y si la identidad lingüística está en riesgo, está en riesgo la seguridad interina de la comunidad, de la nación, de la etnia, de la lengua misma; la identidad lingüística propicia la solidaridad de los hablantes y, de esta manera, la posibilidad de imaginar un futuro compartido.

Es posible observar que así como el lenguaje tiene una función integradora de identidad, asimismo, ella puede convertirse en una “anti función”. Los procesos comunicativos están dados a partir de la interacción de los interlocutores y su condición es que la forma significante remita a un contenido; no obstante, si los contenidos se disocian, si no se dan en función de la acción que genera sentido, si los registros lingüísticos no se comparten en situaciones específicas y si los significantes quedan a expensas de una diversidad que promueva la no-identidad, empieza a generarse el conflicto.

La lingüística, como ciencia del lenguaje, está en la obligación de hacer ver las diferencias lingüístico-idiomáticas, como diferencias de ideologías, de visiones de mundo, por cuanto es el lenguaje el que las hace visibles, las manifiesta. Por esa razón, los enfoques críticos del discurso y todos sus enfoques actuales de estudio deben propender a dejar a un lado las explicaciones estructuralistas de la lengua. Nuestros enfoques críticos, los que se les enseñan y se les muestran a los alumnos en las aulas de clase, se deben construir no sólo para mostrar los avances de la ciencia del lenguaje, sino que también se deben construir pensando en que toda relación de comunicación es una relación discursiva y que todo discurso es una acción del lenguaje que viene cargado con las intenciones de su enunciador.

Ahora pensemos: si el lenguaje está cargado de identidad ¿cómo es que esa identidad, esa diversidad volcada hacia lo heterogéneo genera conflictos tan complejos que terminan arrastrando nuestras sociedades hacia el caos? El primer conflicto está intrincado en el corazón del mismo sistema lingüístico. En el caso de la lengua española, el problema proviene entre otras razones, de un fenómeno que se ha arraigado con fuerza en las últimas décadas dentro de la hispanidad, la predeterminación. La predeterminación, tal como lo

propone José Joaquín Montes, consiste en que se anexan al idioma vocablos de otras lenguas; al parecer, esto, en principio, no era un problema, puesto que todas las lenguas, sin excepción han recibido a lo largo de su evolución préstamos léxicos de lenguas vecinas o dominantes. El problema radica cuando estos préstamos lexicales entran en el nivel sintagmático-morfológico de la lengua y empiezan a cambiar su estructura interna.

En el caso muy particular de nuestro idioma, es notable que sólo en los últimos años fue posible la reconversión del uso de la ñ y los acentos ortográficos, que suelen no aparecen en los correos electrónicos; no obstante, este hecho fue tenido en cuenta, debido a la gran cantidad de hispanohablantes que hoy por hoy recorren las calles europeas y los estadounidenses y que también pueden llegar a afectar el sistema lingüístico de otros idiomas. Tal asunto ha ocasionado que las dificultades de identidad del lenguaje, por lo menos de la lengua española, estén tan arraigados, que ya no sabemos si decir sí o yes, es decir, el problema de la desidentificación de la propia lengua española ha causado un conflicto interno en ésta, ha causado el conflicto del hablante, que ahora tiene que decidir, entre las formas establecidas en la legalidad de la normatividad o aquella establecida, en la legalidad del habla cotidiana.

Dicha dificultad genera, a su vez, otras, que se van expandiendo a manera de conflicto entre los hablantes. La primera, generada en la cotidianidad idiomática como ya lo vimos, pasa a otros estamentos de la vida. Entonces, lo que parece un conflicto familiar, se propaga a otros ámbitos menos particulares, la política y las ideologías siguen la lista y con ellas los conflictos se hacen cada vez más graves. En Colombia, al igual que en otros países como México y Bolivia, el problema que han ocasionado estas nuevas circunstancias idiomáticas ha causado desplazamientos lingüísticos que se convierten en desplazamientos sociales. Los pueblos indígenas han perdido la guerra de la dialéctica que enfrenta lo regional-nacional ante lo internacional, aún más, el conflicto se ha agudizado a pesar de reconocernos plurilingües y multiculturales por los constantes atropellos cometidos contra la geografía que, desde hace milenios, les pertenece a estas comunidades.



Es tal el drama de la situación, que lo que parecía tener fin en el reconocimiento de un estado multicultural, ha terminado generando un conflicto étnico, pero no sólo son los indígenas, muchos grupos como los afro colombianos siguen viviendo en carne propia el conflicto. Ahora se creó el día de la afrocolombianidad, sin embargo, aún ser afro colombiano en Colombia trae sus serias desventajas, y si se habla del conflicto interdialectal el asunto se complica.

El idioma español en Colombia no ha servido para generar una seria identidad que nos identifique como colombianos, el idioma español y su riqueza lingüístico-dialectal han servido para generar disputas entre cachacos, costeños, pastusos y vallunos, ¿Dónde se habla el mejor español de Colombia? Pregunta capciosa que debería encontrar su respuesta en cada rincón del país. No hablamos ni más ni mejor español, debemos hablar un solo idioma que nos identifique como colombianos y como hispanoamericanos ante el resto del mundo. Es con un ejemplo como éste que se confirma que gran parte de los conflictos que generan violencia tienen su manifestación, causa, y esperanza de solución en el diálogo comunicacional y específicamente en el lenguaje: lo que se dice, el cómo se dice y la frecuencia de los mensajes, pero: "es posible que tengamos un enorme déficit perceptual para percataarnos de los conflictos a través del lenguaje y dentro de los diálogos, o de la contribución de la cultura del diálogo para el tratamiento de conflictos" (Rojas Vera et al, 2008).

Por eso se continua abusando del lenguaje y abusando del diálogo. No se puede dialogar si no nos entendemos, cliché de nuestra sociedad, pero no podemos entendernos si no entendemos que somos distintos, que aprendemos a ritmos diferentes, que utilizamos otras formas de expresión para un mismo objeto, que al fin y al cabo el acento es lo de menos, que el lenguaje que debemos hablar, más que el español o cualquier otro, es el lenguaje del diálogo asertivo y eficaz.

Pero además de aquel conflicto étnico-dialectal, se genera el conflicto publicitario que afecta, tanto nuestros modos de vida como nuestros sistemas de pensamiento. Qué comprar, qué vender, de qué saciarnos, qué echar a la

basura. Los medios masivos de comunicación proyectan una imagen del otro, una imagen con la que debo compararme, una imagen que quiero alcanzar o que, por el contrario debo rechazar. Los juegos de las computadoras, casi todos inclinados a la violencia, regalan armas a los niños y jóvenes, sólo hay una condición: la muerte; una muerte estereotipada, porque mis enemigos son talibanes, orientales todos.

Con la masificación de la televisión el lenguaje cambió, se multiplicó, se ha hecho ilegible para los de ciertas décadas; cambiaron nuestros sistemas comunicacionales proyectados ahora a las Tecnologías de la Comunicación y la Información. Con la masificación de Internet, la predeterminación llega a su punto álgido. Las palabras, se reducen y junto con ellas los significados; se reduce nuestra capacidad de diálogo, nuestra capacidad de mediación, se reduce la mirada a una cámara, se cambia la historia. Estamos dando paso a la era del no contacto que generará peores conflictos en la medida en que el otro desaparece y sólo quedan mis propios intereses. Estamos cambiando la historia de nuestras naciones, porque hemos cambiado la historia de nuestras palabras, que también han entrado en choque.

El lenguaje es la base de nuestra comunicación, de la mecánica del diálogo, del entendimiento y de los conflictos. A través del lenguaje generamos significados que se emiten, se perciben y se construye en lo colectivo (Cabezas & Molero, 2004), y cuya interpretación puede generar conflictos o promover convivencia. El lenguaje, como principal soporte de la comunicación, constituye nuestro recurso intelectual más valioso para transmitir ideas, conceptos y emociones, bien sea de modo directo o indirecto, intencional o equivocado (Grice, 1975). Códigos lingüísticos orales o escritos se acompañan de otros códigos para reforzar o contradecir al mensaje principal o evidente. El lenguaje, en general, permite expresar la interacción entre varias personas en esa dinámica conocida como diálogo: el gran texto de expresión e intercambio oral producido por varias personas o grupos de ellas, presentes o distantes, de reacciones inmediatas o diferidas, evidentes o sutiles.

Estas interacciones producidas *por y en* lo construido a través del lenguaje, son capaces de generar conflictos, los cuales, a través del diálogo, se

pueden resolver o se pueden alejar. En fin, el lenguaje, fuente primera de comunicación, debe ser utilizado para reunirnos en un núcleo común como colombianos hispanohablantes. El lenguaje, y su manifestación la lengua, deben empezar a diluir las fronteras de la homogeneidad y procurarse una heterogeneidad de identidades, que permitan el respeto por la diversidad y eliminen de manera asertiva los intentos de conflicto. Sin embargo, una cosa debe quedar clara: el lenguaje lo hacemos nosotros.

## Referencias

Ávila, R. (2000). *Lenguaje, medios e identidad nacional*. México D.F.: Colegio de México.

Cabeza, J. & Molero, L. (2003). Universalidad y pluralidad: cultura y política democrática. *Rev Utopía y Praxis*, 20, 49-66.

Del Brutto, B.A. (2000). *Lenguajes, identidades, tecnologías*. *Archivo del Observatorio para la CiberSociedad*. Recuperado de: <http://www.cibersociedad.net/archivo/articulo.php?art=15>

Grice, P. (1975). Lógica y conversación. En *La búsqueda del significado*. Madrid: Editorial Tecnos.

Pruvost de Kappes, M. (2007). *Lenguaje e identidad*. *Revista de la Universidad nacional del Litoral*.

Ramírez Peña, L.A. (2004). Comunicación, lenguaje y discurso. En: *Discurso y lenguaje en la educación y la pedagogía*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.

Rojas, L.; Arapé, E.; Días, B.; Rojas, A. & Rojas, R. (2008). *Diálogo y conflicto*. Venezuela: Universidad del Zulia, Universidad Católica Andrés Bello, Universidad Central de Venezuela.